Aún desnudo, repantigado en el sillón pertrechado de cojines, desganado, da estas órdenes como con brote de decaimiento. Demasiadas reflexiones al empezar el día, demasiadas insatisfacciones. Tiene un respirar cargado, le sale una voz sin fuerza, piernas y brazos pesados, languidez extrema, adormecimiento. Parece que va a echarse un sueño en su improvisado trono de rey abrumado por la responsabilidad de obtener nuevos y fulgurantes placeres, pero la atmósfera cambia. Se produce un cambio radical completamente inesperado que le reanima. En todo: luces y sombras, paisaje con matices que nunca había percibido, imágenes abstractas y siluetas reconfortantes. Tras un leve pestañeo el orden vuelve a su cauce con renovadas energías.

Todavía no se han ido las muchachas de pago cuando empieza a ser posible la existencia de una mujer a la medida de sus ambiciones, algo increíble que percibe a través del gran ventanal que da a la playa, en el preciso instante en que el rudo oleaje del Atlántico se paraliza para darle paso, rendirle tributo, dejarla correr a la vera del mar encrespado, el frío líquido que revitaliza y ama los misterios y las pasiones de sus pesadillas.

Se aboca a la novedad con frenesí. Recuerda las palabras de su madre al anochecer, cuando le adormecía con un cuento inventado, un relato de aventuras fabulosas que siempre acababa del mismo modo. Cualesquiera hubiesen sido los personajes y sus contingencias, al final se producían conquistas descomunales y de aquella voz envolvente, aterciopelada, surgían las últimas palabras del día, las primeras de un sedoso dormir: “Y nadie jamás volvió a darle miedo. Desde aquel día triunfal aprendió a ordenar que se instalara el anochecer y esperó su llegada con naturalidad, hasta ver llegar la noche mansa, obediente a su mandato”.